

## *Prólogo*

Año 107 de la nueva edad y los coches aún no vuelan. Contra todo pronóstico, el mundo se encuentra sumido en un retroceso temporal en el que no debería...

De pequeño, solía soñar con un futuro sofisticado. Un mañana rebosante de comodidades y elegancias en el que los hombres, armados con ímpetu e ingenio, domesticaban el mundo a su antojo. Sin embargo, un terrible suceso lo cambió todo. El Gran Boom transformó el planeta por completo relegando a los supervivientes a una nueva y agónica realidad. La mayoría de ellos no supieron aceptarlo, hallando la paz en el suicidio o, como en el caso de mi bisabuelo, cobijados en un estado mental paralelo denominado síndrome del sueño real. Mi abuela solía menospreciar sus palabras tachándolas de chocheces de un anciano enfermo, aunque para mí siempre fueron algo más que relatos dementes. En boca de mamá, incansable y paciente frente a las exigencias de un niño excitado antes de acostarse, parecían historias fantásticas de un mundo imposible. Por más que fuerce la memoria, al pensar en mi bisabuelo, solo me viene la imagen de un hombre triste, de mirada perdida y oscura, postrado en el sofá cual árbol viejo que espera ser talado. Desgraciadamente, despertó de su pesar cuando yo aún era muy pequeño... Una verdadera lástima, porque me hubiera encantado escuchar, de su propia voz, todas aquellas maravillas de la gente de su tiempo.

Según mamá, todo empezó a cambiar en el año 2029 de la Antigua Edad. Unos terribles temblores sacudieron la costa nordeste de unas pequeñas islas del Pacífico. Como que, por su constitución tectónica, esos temblores eran habituales, nadie se percató del peligro real que acechaba. De forma gradual e incesante, aquellos terremotos se extendieron por todos los continentes hasta que, en 2035, un único movimiento sísmico quebró el planeta. Sin lugar a dudas, aquél fue el clímax de la catástrofe y su fuerza fue tal que, además de desfigurar por completo la física terrestre, aumentó la temperatura global provocando el repentino deshielo de los casquetes polares. La unión de estos factores propició la destrucción del mundo antiguo. El mundo de mi bisabuelo y de millones de personas que, insignificantes ante la voluntad de la naturaleza, lo perdieron todo bajo el mar...

El Gran Boom dio lugar a un planeta nuevo. Un planeta cargado de contaminación y un clima tan extremo como cambiante. La distribución del territorio también se vio terriblemente afectada. Los continentes reconocidos hasta la fecha quedaron deshechos, esparcidos como simples migas de pan en un tazón de leche. Los científicos creen que estamos habitando las cimas de lo que

antaño fueron montañas, sin embargo, a juzgar por los mapas, no parecen más que pedazos de tierra flotando a la deriva.

Yo vivía en un grupo de islamos al norte de Edbük, concretamente en Ishör. Ahí éramos felices, aunque no tuviéramos mucho. A cada familia se le otorgaba una pequeña porción de tierra y era libre de hacer con ella lo que quisiera. No había competencia entre vecinos y todos estábamos muy unidos. Formábamos una comunidad auto suficiente y, entre lo que recolectábamos de la tierra y el mar, vivíamos en armonía. No teníamos escuelas. Aprendíamos de la naturaleza, de la experiencia de los ancianos y, sobretudo, de los relatos de los viajeros. Los viajeros eran personajes curiosos que ejercían, de forma no siempre voluntaria, de improvisados maestros. Fondeaban en Ishör para aprovisionar víveres y llevaban consigo multitud de mapas y libros extraordinarios. Todos los niños, al enterarnos de su llegada, corríamos al amarradero y les martirizábamos hasta que, de buena o mala gana, accedían a relatarnos sus vivencias. Aventuras apasionantes que desataban nuestra imaginación haciéndonos volar muy, pero que muy lejos de Ishör. En más de una ocasión me pareció oír las palabras de mi bisabuelo en boca de aquellos hombres...

Toda la comunidad nos reuníamos a su alrededor para escucharlos, sin embargo, de todos los presentes, los niños éramos los que más atención les prestábamos. Gracias a ellos, supimos que después del Gran Boom desaparecieron la mayoría de las instituciones clásicas como las castas reales, la política y las religiones. Supimos también que se reinició el calendario, se estandarizaron las medidas y se unificó el habla del planeta al idioma *único*, una evolución del inglés antiguo. También tuvimos conocimiento del planeta en sí, de nuestra posición en los mapas, de infinidad de inventos, a cada cual más extravagante, y, por encima de todo, de la crueldad del Gran Mar.

Aquellos hombres atentaban en contra de nuestra monótona armonía, haciéndonos soñar en algo más. Los ancianos los tachaban de charlatanes y les regalaban miradas de desprecio, sin embargo, a mi me fascinaban... Una vez oí decir a uno de ellos que existían barcos de acero surcando los cielos... ¡Que estupidez más bella!... Esos viajeros solían ser personas solitarias que llegaban en sus enormes barcas, intercambiaban objetos por víveres, se vaciaban de saber a petición popular y regresaban al mar para continuar su camino. Pocos fueron los que nos regalaron su amistad, sin embargo, uno de ellos, el señor Mcwil, se quedó una temporada con nosotros y nos enseñó muchísimas cosas, entre ellas, *único*. Algunos ancianos presumían de entenderlo, aunque para el resto del pueblo, y sobretudo para nosotros, los jóvenes, era un idioma tan nuevo como lleno de posibilidades.

Actualmente, estamos en el año doscientos cuarenta de la Segunda Edad, tengo veintiséis años y soy buzo de extracción de la minería Brey. Mi nombre es Elidor Ractsul y, al igual que antaño, sigo soñando en ser viajero.